

Porque la respuesta es más Europa o crónica de la Convención Europea

**Carlos
Carnero**

Eurodiputado socialista,
miembro de la
Convención Europea

Hace falta una Europa fuerte capaz de democratizar la globalización y restar argumentos a la ultraderecha antieuropeista y xenófoba. Por ello, es necesario que la Convención Europea elabore una propuesta constitucional única y coherente, que profundice en la unión política de Europa.

Miércoles 24 de abril de 2002. Son, aproximadamente, las cuatro de la tarde. Junto con decenas de colegas socialistas, liberales, verdes y comunistas, me pongo de pie desde mi escaño en el hemicycleo del Parlamento Europeo y levanto un cartel —una fotocopia tamaño folio— en el que está escrita en grandes caracteres la palabra francesa NON. Confieso que, además, grito, en contra de cualquier norma de cortesía parlamentaria y varias veces, “¡fascista!” y “¡mentiroso!”

Esos carteles y esos gritos tienen un destinatario, que ha entrado pocos minutos antes en la sala y acaba de tomar la palabra para intervenir en el debate sobre la situación en el Próximo Oriente: Jean-Marie Le Pen, el líder ultraderechista que ha cosechado un notable éxito en la primera vuelta de las elecciones presidenciales francesas.

Cuando termina su breve discurso —ha consumido el minuto de rigor correspondiente al grupo parlamentario técnico al que pertenece, el de “no inscritos”—, cesa nuestra protesta. En la calle, unos cientos de manifestantes, convocados por los demócratas belgas y por los federalistas europeos, siguen reunidos en la Plaza de Luxemburgo expresando su opinión.

En ese momento, no estoy contento y siento tristeza. Por dos razones.

Una corresponde a la pregunta que me interroga machaconamente desde

el domingo anterior a las 20 horas: ¿cómo es posible que, cuarenta y cinco años después de la firma del Tratado de Roma, haya partidos políticos en la Europa unida como los encabezados por Bossi, Haider y Le Pen capaces de crecer social y electoralmente?

La otra se refiere a un deseo incumplido: en vez de levantar la fotocopia con el NON, me hubiera gustado blandir, para contraponerlo a todo lo



Frente al avance de la ultraderecha, hace falta más y mejor Europa

que el orador Le Pen representa, un documento que resumiera los valores de paz, libertad, democracia, derechos humanos y solidaridad en que se fundamenta la Unión. A falta de una Constitución Europea, sin embargo, no quise rozar el ridículo de empuñar

el libro de cabecera de mi despacho, un texto de 1045 páginas titulado “UE. Recopilación de los Tratados” que contiene los cuatro en vigor con su poco comprensible jungla de casi mil artículos.

Pero yo no soy pesimista, sino todo lo contrario.

Primero, porque escribo estas líneas cuando se supone que Jacques Chirac vencerá en la segunda vuelta de las presidenciales y cuando se espera que la izquierda remonte con fuerza en las legislativas del mes de junio.

Segundo, porque en la misma sala en la que protestamos contra Le Pen inauguramos el 28 de febrero la Convención Europea, encargada de reforzar y desarrollar al máximo el mismo proceso de construcción que Le Pen querría destruir.

Hoy me siento políticamente más satisfecho que nunca de ser miembro de esa Convención, de militar en su corriente federalista, de estar entre aquellos que reclaman que se culmine la unión política, de reivindicar la apertura de un proceso constituyente de la Unión.

Frente a los partidos fascistas, racistas y xenófobos presentes y activos en Francia, Italia, Austria, Bélgica, Holanda y Dinamarca, entre otros países, hace falta más y mejor Europa.

Digámoslo alto y claro: lo conseguido hasta la fecha en el proceso de ▶

► construcción europea es, sencillamente, impresionante. La UE es hoy el conjunto democrática y socioeconómicamente más avanzado del Mundo. El último paso dado es enorme: ahí está el éxito del euro, la entrada en circulación de una moneda única refrendada cada día por decenas de millones de ciudadanas y ciudadanos.

Pero, obviamente, queda todavía mucho por hacer.

Solo hay una manera de acabar con el terrorismo o con el fascismo: aislarlos, dejarlos sin base social o electoral. Por eso, la mejor respuesta a Le Pen y a sus amigos es eliminar todos los factores que les proveen de apoyos sociales o electorales.

Respuesta progresista

La Unión Europea es, desde luego, la única respuesta progresista posible a los problemas que, a través de complejos mecanismos, facilitan votantes —en parte y a veces, desde la clase obrera— a la extrema derecha.

Intervenir en la globalización para democratizarla y socializarla, maximizando sus beneficios; hacer frente de forma eficaz y sobre la base del derecho internacional a la dinámica generada por los brutales atentados terroristas del 11 de septiembre; configurar un nuevo orden internacional justo y democrático en el que se consiga poner fin a la pobreza; generar un desarrollo económico sostenible que tenga como objetivo fundamental alcanzar el pleno empleo; configurar una sociedad integradora de la inmigración, en la que la igualdad sea un derecho real ligado a un concepto profundo de la ciudadanía; hacer realidad la unidad de todo el continente en una “casa común” compartida, desde el oeste hasta

el este... todas esas son tareas que sólo la Unión estará en condiciones de afrontar con garantías de éxito.

De alcanzarse, ese éxito supondrá convertir la emergencia de formaciones políticas fascistas en algo totalmente pasajero, porque les habrá privado de cualquier caldo de cultivo.

Adelanto ya una reflexión: sería trágico (por ser en sí mismo moralmente rechazable y por las consecuencias políticas desastrosas que acarrearía a medio plazo) que, aunque solo fuera por un segundo, hubiera gobernantes democráticos en la Unión que consideraran la posibilidad de hacer frente al fenómeno tipo Le Pen o Bossi no asumiendo sus brutales argumentos, por supuesto, pero sí pisando el freno o girando ligeramente el volante.

No sería tan extraño que, por ejemplo, en la derecha democrática alguien terminara asustándose y decidiendo ralentizar la ampliación de la UE al Este, o exigir una política de inmigración común restrictiva y esencialmente policial, o debilitar ciertas políticas comunes de la Unión teórica-

más bien la ausencia de explicación y debate con la ciudadanía sobre su oportunidad y el ritmo y los medios para llevarla a efecto, lo que provoca una situación opaca de la que sólo se beneficia un sentimiento de inseguridad en el que pescan la demagogia y el populismo?;

■ como nos explicaban los eurodiputados socialistas franceses, ¿somos conscientes del mensaje transmitido por la Cumbre de Barcelona, de la que han salido conclusiones tan “ilusionantes” para una sociedad del bienestar —que quiere seguir siéndolo legítimamente— como aquella de que en el futuro habrá que elevar la edad de jubilación para mantener la viabilidad del sistema de pensiones, cuando además sabemos que hay soluciones diversas para un problema de esa envergadura?

La izquierda socialista, lamentablemente cada vez más igualada con la derecha en el seno del Consejo Europeo, tiene que reaccionar con fuerza a la coyuntura política y responder

La Unión Europea se fundamenta sobre valores de paz, libertad, democracia, derechos humanos y solidaridad, que constituyen los pilares para luchar contra la ultraderecha racista que avanza por Europa.

mente costosas o, en fin, aparcarse a la culminación de la unión política a la que antes hacía referencia.

Tomemos solo dos ejemplos:

■ según el último “eurobarómetro”, nada menos que el 46 % de los franceses, frente a un 26, dice estar contra la ampliación. ¿Es en sí misma la ampliación la que genera ese negativo estado de opinión o es

con convicción y sin derrotismos a las dificultades.

A mi parecer, eso pasa por definir un neto mensaje europeísta común que sea entendido por y consensuado con la ciudadanía europea, empezando por los sectores progresistas y democráticos.

Le cabe al Partido Socialista Europeo (PSE) una tarea prioritaria en ese sentido. Una tarea que, de hacerse co- ►

► rrectamente, daría plena y real utilidad a su existencia, que el que suscribe considera imprescindible.

Convención Europea

El marco de la Convención es, sin duda, el más adecuado para ello.

Ante todo, conviene no olvidar que la Convención Europea, cuya creación fue aprobada en la Cumbre de Laeken de diciembre pasado, no es un órgano otorgado, sino ganado por la presión de la izquierda política y social, de instituciones como el Parlamento Europeo y la Comisión e, incluso, de algunos gobiernos conscientes de que el Tratado de Niza es, sencillamente, la crónica de un fracaso.

La Convención debería elaborar una propuesta constitucional europea única y coherente que sirviera de base a la próxima Conferencia Intergubernamental y sobre la que la ciudadanía pudiera pronunciarse con motivo de las elecciones al Parlamento de Estrasburgo del año 2004 (¿por qué no un mismo referéndum europeo en todos los países miembros, políticamente vinculante, a celebrar simultáneamente a esos comicios?).

Una propuesta de Constitución que afirmara los valores y principios de la Unión, definiera una auténtica ciudadanía europea integrando la Carta de Derechos Fundamentales proclamada en Niza y dotándola así de carácter vinculante, clasificara al alza sus competencias –en puntos clave como convertir en propia la referida a la política exterior y defensa común, establecer un gobierno económico y social que elimine la asimetría hoy existente con la unión monetaria y establecer un verdadero espacio de seguridad, libertad y justicia compartido–, evitando

cualquier intento de renacionalizar o achatarrar políticas comunes, eliminara el déficit democrático a través de un sistema institucional basado estrictamente en la división de poderes (con un Parlamento Europeo que cuente pleno poder de codecisión en todo ámbito legislativo y presupuestario) y configurase un nuevo sistema de recursos propios comunitario, suficiente y basado en un impuesto progresivo sobre la renta que no tendría que suponer un aumento de la carga impositiva sobre el contribuyente.

Hasta junio de 2003 –plazo, en principio, fijado para la conclusión de sus trabajos– la Convención debatirá con tiempo tasado. Proponer como conclusión de sus trabajos, deslabazadamente, diferentes opciones sobre cada interrogante de los planteados en Laeken –hasta 65 se han contado– sería una salida demasiado fácil para ser buena. En ese caso, estaríamos condenados a contemplar, sin capacidad de presión, como los gobiernos se enfras-

La falta de propuestas de futuro del Gobierno Aznar, que ha protagonizado una Presidencia Europea anodina y sin resultados, obliga a los socialistas españoles a trabajar firme en el proceso constituyente.

carían una vez más en el opaco mecanismo de la Conferencia Intergubernamental, un procedimiento que, como demuestra el Tratado de Niza, está agotado. Los resultados de una situación como esa serían dos, igual de nefastas: una reforma minimalista de la Unión y, de nuevo, más alejamiento de la ciudadanía del proceso de construcción europea.

¿Nos lo podemos permitir? Mi respuesta es muy clara: esta vez, no. Por-

que ahora hay que reformar y profundizar yo me he inventado un “palabro”, *profundar*– lo existente, provocando cambios cualitativos a la altura de los desafíos y.. de las coyunturas.

Lo mismo que también estoy convencido de que la apertura de un proceso constituyente en la Unión Europea no podrá lograrse solo a partir de la correlación de fuerzas existentes en la convención, cruzadas por representaciones institucionales, nacionales y políticas muy diversas y, en bastantes ocasiones, contradictorias entre sí.

Por eso sería imprescindible movilizar a la gente, empezando por la española, a través de convenciones ciudadanas a todos los niveles –locales, regionales o estatales–, en tanto que vehículo de participación, propuesta y presión en todo este proceso.

La inactividad y falta de propuesta de futuro del Gobierno Aznar –carente de ideas y de proyecto para Europa–, que, por cierto, está protagonizando una presidencia semestral europea tan ano-

dina y falta de resultados (ahí está el Próximo Oriente como dramático ejemplo) que ha tenido que recurrir a anuncios en los medios de comunicación para evitar que la opinión pública se olvidase por completo de su existencia, obliga a los socialistas españoles a un doble esfuerzo.

Un esfuerzo de propuesta y un esfuerzo de movilización que merece la pena porque contribuirá, en su caso, a conseguir una Constitución Europea. ♦